



La comunidad del futuro

Miguel Ángel Moreno, periodista

Desde hace unos años, me tomo las vacaciones de Semana Santa al revés. Algunos amigos ya lo saben y se adaptan a ello. Nuestros días de vacaciones suelen ir del Domingo de Ramos al Miércoles Santo. Y cuando se produce la gran estampida, regresamos a casa. No se trata de un cálculo estratégico para huir de las masas, ni tampoco de una hábil maniobra para evitar los atascos, sino que es el producto de una necesidad: la de vivir el Triduo Pascual en comunidad.

No hay días más intensos que estos en la parroquia. Todo es un ir y venir: oración, reflexión, oficios, oración nocturna... El ritmo es exigente y este año aún más con una niña de apenas cuatro meses, tan buena que la legión de abuelos y abuelas que la saludan cada día nos preguntan maravillados cómo es posible que duerma tanto y se la escuche tan poco. Ella convierte en más especial un periodo de tiempo único en el año. Tan intenso que cuando concluye nos da la sensación de necesitar unas nuevas vacaciones, pero tan pleno a la vez que hace merecer la pena el esfuerzo.

La Semana Santa parroquial es un periodo de excepción maravillosa. Por unos días, jóvenes, adultos y mayores conviven durante tres días seguidos, mañana, tarde y noche. Reflexionan, comparten, celebran y oran. Por unos días, se constituye una verdadera comunidad: no la que durante todo el curso se cruza por los pasillos y los salones, viviendo, rezando y celebrando en paralelo, sino una que lo hace en conjunto.

Una comunidad que es, de alguna forma, del pasado y del futuro. Que me quiere recordar, salvando enormes distancias, a esa que describe los Hechos de los Apóstoles, pero que a la misma vez podría ser más cercana a lo que está por venir. A esa que esbozó Benedicto XVI cuando apenas era Joseph Ratzinger.

"De la Iglesia de hoy saldrá también esta vez una Iglesia que ha perdido mucho. Se hará pequeña, deberá empezar completamente de nuevo. No podrá ya llenar muchos de los edificios construidos en la coyuntura más propicia. Al disminuir el número de sus adeptos, perderá muchos de sus privilegios en la sociedad. Como comunidad pequeña, habrá de necesitar, de modo mucho más acentuado, la iniciativa de sus miembros particulares", dijo Ratzinger en un discurso radiofónico de 1969, luego recogido en el libro 'Fe y futuro'.

En ese momento, aseguraba quien luego sería Papa, los hombres "descubrirán la pequeña comunidad de los creyentes como algo completamente nuevo". "Ya no será nunca más el poder dominante en la sociedad en la medida en que lo ha sido hasta hace poco. Pero florecerá de nuevo y se hará visible a los hombres como patria que les da vida y esperanza más allá de la muerte", agrega Ratzinger.

Esta es la comunidad experimentada esta Semana Santa: significativa, horizontal, viva, alejada de las grandes masas, pero tejida por la unidad entre sus miembros

Una comunidad significativa, horizontal, viva, alejada de las grandes masas, pero tejida por la unidad entre sus miembros. En la que cada nueva vida es un regalo y cada bebé tiene decenas de abuelos, abuelas, tíos y tías que celebran cada ocasión de encontrarse. Como la que hemos experimentado esta Semana Santa en San Gerardo. Vale la pena cambiar unas vacaciones por participar de la Iglesia del futuro.

Vacunados de espanto

Manuel Romero



Ante Jesús nadie queda indiferente. O se le acepta o se le rechaza.

Aquella mañana, en Nazaret, los fieles judíos quedaron entusiasmados con las palabras con las que interpretaba a Isaías. Palabras que -inoculadas- no producían el efecto deseado.

Nos encantan las palabras hermosas que adulan y acarician el oído. Y más, si estas se pronuncian en una homilía y nos relajan el corazón y justifican nuestra manera de vivir. Pero no son estas palabras las que nos mueven. Son palabras que se lleva el viento porque no obligan a nada; ni tan siquiera a aceptar a la persona que las pronuncia.

Pero, ¿y si no nos dan la razón? ¿Y si esas palabras nos denuncian y nos retratan? Han pasado muchos siglos desde que Jesús fuera rechazado por sus vecinos por sus palabras. Sin embargo, nosotros no hemos cambiado tanto. No nos gustan las palabras que se clavan como dardos en el corazón y nos provocan dolor y desazón. Y menos, si éstas se escuchan en la misa y critican nuestra manera de actuar. Inmediatamente, y sin caer en la cuenta de nuestra contradicción, rechazamos a la persona que las pronuncia. La

manera más recurrente de desautorizarle es mirarlo su origen y descubrirle -ante los demás- tan humano o más que nosotros. Y la desautorizamos de múltiples maneras, echando sobre ella nuestra frustración.

Algo así vivió el profeta Jeremías, también Jesús, y se actualiza cada vez que uno quiere ser coherente y veraz.

Acoger la crítica por lo que han supuesto nuestras palabras es prueba de madurez y, a la vez, de una pizca de locura.

Acoger la crítica por lo que han supuesto nuestras palabras es prueba de madurez y, a la vez, de una pizca de locura

A pocos les gusta pronunciar las palabras que Dios precisa cuando quiere corregir. A nadie le apetece ser la diana de las quejas cuando las palabras escuecen y obligan. Sin embargo, son necesarias. Y forman parte de uno de los carismas comunitarios para vivir en verdad. Una especie de auditoría interna que se soporta y se sufre.

Ahora, ¿quién lo hace? ¿a quién le corresponde? Comprender su origen -la decisión

de Dios- nos suaviza su rechazo. Es Él quien pone palabras en la boca de hermanos y hermanas que nos guían y educan.

El complicarse la vida por los otros fue la praxis de Jesús y la manera de entregarse de algunos de la comunidad cristiana. Como gracia de una llamada al servicio. Sólo así se puede entender la autoridad entre nosotros, Cuerpo eclesial.

Ser indiferente ante esta realidad es un síntoma de falta de confianza en un Dios vivo que vela por sus hijos. Y nin-

guno de nosotros puede perder el tiempo en cuestionamientos estériles sobre la elección del Espíritu y la torpeza de algunos.

Hoy que andamos entre vacunas podemos comprender que lo que hacemos es por bien de nuestros hermanos y para servir con eficacia. Genere la reacción que genere en los que observan.

Es bueno estar vacunados contra el espanto.